

muchas virtudes. Trajano no careció de vicios personales, pero nadie le niega todas las cualidades de un gran príncipe en el grado más eminente. Dió con sus innumerables victorias mucho mayor extension á los términos del imperio romano, fué verdadero padre de el pueblo: ninguno construyó tantos edificios públicos. La clemencia y la justicia, virtudes que casi todos sus antecesores, desde la muerte de Augusto, habian desterrado de Roma, fueron por él revocadas como en triunfo. En fin, fué tal, que después de él, en la inauguracion de los emperadores, los votos públicos del pueblo eran que los dioses les diesen la felicidad de Augusto y la bondad de Trajano.

Adriano fué especialmente recomendable por su continua aplicacion al gobierno, á quien sacrificó su sosiego y su salud, quebrantando ésta en tantas jornadas, como hizo por visitar todas las provincias del imperio; de modo, que de veinte años que reinó, apenas reservó dos ó tres para vivir con alguna quietud dentro de Roma. Fué hombre de admirable comprension, pues entre tantas ocupaciones políticas y militares, se hizo lugar para adornar el espíritu con el conocimiento de varias artes y ciencias. Era muy buen poeta, pintor, escultor, médico, geómetra, astrólogo é insigne arquitecto.

Teodosio el Grande fué tan grande, que todo elogio le viene corto. Qué príncipe tan cabalmente perfecto! Gran capitán, magnánimo, clemente, justiciero, liberal, religioso, afable, sobrio. En fin, ¿qué virtud hay que no brillase en él en un grado eminente? Perdonen todos los demas que ocuparon el solio, aunque entren el gran Constantino y el gran Carlos; en ninguno hallo un todo tan cumplido como en Teodosio. A Constantino no le faltaron graves manchas; favoreció no poco á los arrianos, nimiamente crédulo á sus hipocresías; de modo, que no faltan quienes opinen que profesó y murió en aquella errada creencia. Aun en el gobierno civil degeneró mucho de sí mismo en los últimos años, dejándose llevar al impulso de injustos y avaros ministros. De Carlo Magno es innegable que, con todas las excelencias propias de un gran príncipe, mezcló muchas fragilidades de hombre. En vano han pretendido algunos explicar en buen sentido las cinco concubinas que le cuenta su secretario y historiador Eginardo.

Pero qué se podrá oponer al gran Teodosio? Sólo un raptó de cólera, una deliberacion violenta, concebida en el ardor de la ira, cuando, irritado de que hubiesen muerto á un lugar-teniente general suyo en un tumulto popular de Tesalónica, entregó aquella ciudad al furor de los soldados, los cuales hicieron en ella un horrible estrago, degollando algunos millares de personas. Éste es el único lunar que se encuentra en la vida de Teodosio; grande á la verdad, si se mide á bulto; pero debe descontarse al rigor del castigo todo lo que de parte del príncipe faltó de prevision en orden al daño, siendo muy verisímil que no esperase ejecucion tan sangrienta. Debe tambien rebajarse á la culpa otro tanto, como la ira robó de advertencia al discurso. En fin, este delito, como quiera que se mida, dió ocasionalmente á conocer toda la grandeza del espíritu de Teodosio, motivando la más gloriosa penitencia, la más heroica humildad, que jamas se vió en príncipe alguno. ¿Cuándo se esperó ni áun

creyó posible que, no digo ya el dueño augusto de todo el imperio romano, mas áun cualquiera que poseyese en soberanía cuatro palmos de terreno, no sólo tolerase que un obispo le corrigiese delante de todo el pueblo, mas tambien se rindiese á su sentencia, para abstenerse de entrar en la iglesia y para hacer penitencia pública?

Miren este grande ejemplo aquellos desnaturalizados políticos que de los príncipes quieren hacer, no sólo deidades, sino deidades crueles; no sólo ídolos, sino ídolos como el de Saturno, que no se saciaba de humanas víctimas. ¿Cuántos estadistas se hallarán, no sólo entre los bárbaros de Asia ó África, mas áun en las más cultas cortes de Europa, á quienes, si se les propone un desacato contra la majestad, semejante al que se cometió en Tesalónica, resolverán como castigo proporcionado que se lleve á sangre y fuego todo el pueblo, que no se haga distincion entre el culpado y el inocente, que no quede piedra sobre piedra en la ciudad tumultuante? Dirán que toda esta satisfaccion pide el ultraje de la corona. No llegó á tanto el rigor de Teodosio, y lo lloró como gravísima culpa. Oh sangre humana! qué licor tan vil eres para los que no tienen más religion que la política!

Habiendo sido nuestro Teodosio por tantos capitulos plausible, lo que obró por la religion católica constituye su mayor gloria, pues cuanto hizo en esta parte el gran Constantino se puede decir que es ménos, que lo que hizo Teodosio. Aquel empezó la grande obra de destruir el paganismo; éste la perfeccionó. Hizo aquel mucho, pero mucho dejó por hacer, y de lo mismo que hizo, lo más fué deshecho por el apóstata Juliano, que sucedió en el imperio á Constancio, hijo de Constantino; de modo, que cuando Teodosio se ciñó la diadema, halló reinante la idolatría, y cuando salió de este mundo á recibir la corona del cielo, la dejó, no sólo abatida, sino totalmente arruinada. Fué, pues, un español el instrumento de que se sirvió la mano omnipotente para arrasar todos los templos de el paganismo.

§ XII.

Pues con ocasion de Teodosio hemos tocado en la mayor gloria de España, esto es, el influjo que tuvo nuestra nacion en el establecimiento de la fe católica, razon es detenernos algo en un asunto que constituye la suprema honra de los españoles.

Admirable es sin duda el cuidado que puso la Providencia divina en la conversion de España á la religion verdadera. Con estar esta península en los últimos fines de la tierra y tan distante de Palestina, dos apóstoles destinó para su conversion, Santiago el Mayor y san Pablo. De la venida del primero ya no se puede dudar razonablemente, despues de tantos y tan doctos escritos como la han comprobado. La del segundo está asegurada con los superiores testimonios de san Atanasio, san Cirilo Jerosolimitano, san Epifanio, san Juan Crisóstomo, Teodoreto, san Jerónimo y san Gregorio el Grande. Véase Natal Alejandro, en el tercer tomo de la *Historia eclesiástica*, donde eruditamente prueba este asunto y satisface á las objeciones contrarias.

El esmero del dueño de esta viña en su cultivo, es

§ XIII.

No sirvió ménos España á la religion con la doctrina que con el ejemplo. A los primeros amagos de la sangrienta persecucion de Diocleciano se congregaron nuestros obispos en el concilio Iliberitano, cuyos cánones, destinados á la observancia de la más severa disciplina, y á la confirmacion de los fieles contra el rigor de los edictos imperiales, admitió y aprobó la Iglesia. Presidió en este concilio el grande Osio, obispo de Córdoba, cuya virtud y erudicion se descolló tanto en los reinados de Constantino y de Constancio, que fué mirado como el más ilustre campeón de la Iglesia, contra los portentosos esfuerzos de la herejía arriana. Éste es aquel á quien san Atanasio con veneracion reconoce por su gran patrono, á quien apellida *el grande Osio*, á quien llama *padre de los obispos, príncipe de los concilios y terror de los herejes*. Pudiera España gloriarse de haber servido mucho á la Iglesia, áun cuando no hubiera hecho más que lo que hizo por medio de este nobilísimo hijo suyo. Presidió Osio no ménos que cuatro concilios: el Iliberitano, de que hemos hablado, el Alejandrino primero, el general Niceno primero y el Sardicense. Por esto le dió san Atanasio el singularísimo atributo de *príncipe de los concilios*. En el Niceno, donde presidió en nombre de san Silvestre, pontífice máximo, á él sólo fió la Iglesia, y él sólo compuso el famoso símbolo, donde está recapitulada toda la sana y católica doctrina.

Flaqueó Osio, no lo disimulemos (*); flaqueó Osio al fin de sus dias, subscribiendo á una confesion de fe compuesta por los arrianos. Discúlpanle los escritores eclesiásticos con el quebranto de sus fuerzas, porque tenía cien años, ó muy cerca de ellos, cuando las amenazas, rigores y malos tratamientos del emperador Constancio le redujeron á aquella indignidad. Pero yo extraño que en tan alta edad no se atribuya el desliz ántes á flaqueza de la razon, que á imbecilidad corporal. Esta disculpa es mucho más verisímil, y verdaderamente disculpa. Es accidente rarísimo abandonar en la vejez la religion que se profesó desde la infancia, sin perder ántes el juicio. Los viejos son muy tenaces de sus antiguas máximas. Cuanto va creciendo la edad se va aumentando el teson. Profundan más y más sus raíces los dictámenes en el espíritu, del mismo modo que los vegetales en la tierra. No hace á los muy ancianos mudar creencia la fuerza del argumento, sino la extincion del discurso. El rigor de la persecucion tambien hace ménos impresion en ellos que en los jóvenes, cuando está fortificada la tolerancia con una larga costumbre de padecer y resistir, como sucedió en Osio. Fuera de esto, mientras están capaces de alguna reflexion es naturalísimo ocurrirles, que es muy poco lo que la tiranía puede quitarles de vida y de conveniencia. Así, el accidente de Osio se debe atribuir á una perfecta decrepitez, la cual, sin milagro, es casi inseparable de la edad centenaria. Acaso á aquel venerable Eleazaro, que á los noventa años sufrió constantemente la muerte por la religion, si hubiera vivido diez más, sucediera lo mismo que á Osio.

Debajo de este supuesto subsiste ilesa la fama de tan

(*) Parece extraño que Feijoo admitiese como cierta la flaqueza de Osio, que ya en su tiempo negaban muchos críticos. (V. F.)

argumento de que habia de sacar de ella copiosísimo fruto. ¿Quién beneficia con especial aplicacion un terreno estéril, que sabe ha de corresponder á su fatiga con una cortísima cosecha? Dos apóstoles, y apóstoles tan grandes, empleados, por mision divina, en plantar la fe católica en España, muestran que España abultaba mucho en la soberana mente, como quien habia de servir, sobre todas las demas naciones, á la exaltacion de la fe católica.

En los tres primeros siglos de la Iglesia, cuando los cristianos no tenían otros templos que las cavernas más oscuras, ni otras imágenes de Dios y de sus santos que las que traian grabadas en sus corazones, porque el furor de los emperadores gentiles no permitia otros templos ni otros simulacros que los de sus falsas deidades, entónces tenía España, segun nos enseña la piadosa tradicion, templo y simulacro consagrados á la Virgen María, Señora nuestra, no retirados entre algunos escarpados cerros, sino patentes á todo el mundo en la insigne ciudad de Zaragoza. Oponen á esta tradicion los extranjeros, que no es verisímil que gobernando en España los idólatras romanos, permitiesen aquel monumento público de nuestro culto. Pero esto, cuando más, probará, que ni el templo ni la imagen pudieron subsistir sin especial proteccion del cielo. ¿Y por dónde, pregunto, se hace ésta increíble? ¿Por qué entre tantos millares de prodigios como Dios obró en la grande empresa de desterrar del mundo la idolatría, no podremos asentir á que hizo uno continuado por tres siglos, á fin de mantener el templo é imagen del Pilar? Si para dar prudente asenso á un milagro no basta el testimonio de la tradicion, será preciso condenar como fabulosos casi todos cuantos se hallan escritos en las historias eclesiásticas. Si la valiente fe de una alma sola basta para recabar de la divina piedad un prodigio, ¿por qué, en atencion á tantos millares de fervorosos espíritus, como se debe creer dejaria en España la predicacion de los apóstoles, no haria Dios el de conservar para su consuelo el templo é imagen de Zaragoza?

Correspondió España á tan señalado favor con su constancia en la fe, por la cual ofreció á Dios innumerables preciosas víctimas en tantos insignes mártires como la ilustraron, cuya gloriosa multitud excede á todo guarismo. Un monasterio sólo de San Benito (el de Cardeña) dió de una vez docientos. Una ciudad sola (la de Zaragoza) da con justicia á los suyos el epíteto de innumerables. La calidad no fué inferior á la cantidad, pues entre los mártires españoles no pocos se descuellan como estrellas de primera magnitud del cielo de la Iglesia. Diganlo un Lorenzo y un Vicente, á quienes la Iglesia, en las deprecaciones públicas, prefiere á todos despues del proto-mártir Estéban; una Eulalia y un Pelayo, que en la edad más tierna lograron el triunfo más alto; hermosas flores que, de candidas, hizo el cuchillo purpúreas, y fueron tanto más mártires, cuanto padecieron más años; siendo cierto que hace mayor sacrificio quien, anticipándose en temprana edad la muerte, se corta por Dios mayor porcion de vida.

gran varon, áun cuando fuese verdad lo que Marcelino y Faustino, cismáticos, sectarios de Lucifero Calaritano, citados por san Isidoro, esparcieron contra Osio; esto es, que dos años que vivió despues de la apostasia, permaneci6 tenaz en ella. Sea así por cierto. La decrepidez es una enfermedad de quien nadie convalece jamas, ántes siempre va creciendo. Si Osio desvari6 á los cien años, como decrépito, nada le faltaria para serlo á quien esperase que á los ciento y dos, revocado su antiguo juicio, conociese el yerro cometido. Sin embargo, algunos que asienten á que Osio err6 con conocimiento, aseguran su pública enmienda, y que á la hora de la muerte dejó, como en testamento, recomendada á todos los fieles la detestacion de la arriana perfidia. Como quiera que sea, los altos y repetidos elogios con que, áun despues de su muerte, le coron6 san Anasio, son prueba, á lo ménos, de que fué santa la muerte, ya que no canonicen todas las acciones de su vida. Un desliz sólo en cien años, casi nada disminuye su gigante mérito á quien llen6 todo el resto de gloriosísimas acciones. ¿Qué proporción hay del descuido de un instante á los servicios de un siglo?

§ XIV.

El espíritu y aplicacion de Osio en servir á la Iglesia fueron heredados con grandes mejoras por otros muchos prelados españoles. La religion sola de san Benito dió á España cuatro excelsas constantes columnas de la fe en san Leandro, san Isidoro de Sevilla, san Fulgencio y san Ildefonso. Los innumerables concilios de Toledo muestran claramente cuánto era el ardor de nuestros obispos en promover la disciplina eclesiástica y purgarla de todo género de abusos, y el grande aprecio que siempre hizo la Iglesia de aquellos concilios, adoptando varios establecimientos suyos, califica la prudencia y doctrina de los padres que los componian. La ereccion de seminarios, para educar la juventud destinada al estado eclesiástico, tuvo origen del concilio Toledano segundo, de quien lo tomaron despues varios concilios provinciales, como el Vacense, Cabilonense, Turonense y Aquisgranense, y en fin, el concilio Tridentino lo hizo ley universal. En el Toledano tercero se orden6 decir el símbolo Niceno en la misa, y de aquí se extendió á toda la Iglesia. Lo mismo sucedió con otras muchas saludables ordenanzas de los concilios toledanos, hasta que, con ocasion de la guerra de los moros, se interrumpieron por más de seis siglos aquellas venerables asambleas.

Pero el mismo motivo de la interrupcion sirvió á avivar el celo de los españoles por la fe, y juntamente á hacer lucir su valor. España, siempre admirable, fué más admirable que nunca en aquel espacio de tiempo. Castig6 Dios los desórdenes de un rey con las desdichas de toda la nacion; y de estas desdichas nacieron sus mayores glorias, habiéndose con esta ocasion dignado el cielo de abrir en nuestro terreno un amplísimo teatro de virtudes y maravillas.

§ XV.

Nunca puedo acordarme de la pérdida de España sin añadir, al dolor de tan grande calamidad, otro sentimiento, por la injusticia que comúnmente se hace al más

inculpable instrumento de ella. Hablo de la hija del conde don Julian, que, violada por el rey don Rodrigo, particip6 la injuria á su padre; y no habiendo hecho más que buscar este inocente desahogo á la aflicion, que le reventaba el pecho, sin persuasion ó influjo alguno de su parte para que el Conde introdujese los africanos en España, sobre ella cargan toda la culpa de nuestra ruina. Oh feliz Lucrecia! Oh desdichada Florinda! ¿Qué hizo esta española, que no hubiese hecho primero aquella romana? Una y otra recibieron la misma especie de injuria, una y otra la revelaron, aquella al esposo, ésta al padre; una y otra deseaban la venganza, y que ésta cayese sobre el príncipe que habia hecho la ofensa. ¿Por qué, pues, es celebrada Lucrecia, y detestada Florinda? Sólo porque el comun de los hombres, ni para el aplauso, ni para el vituperio, considera las acciones en sí mismas, sino en sus accidentales resultas. Fué saludable á Roma la queja de Lucrecia, fué funesta á España la de Florinda. Pero del bien y el mal fueron autores únicos el esposo de una y el padre de otra, sin intervencion ni áun prevision de las dos damas. Y áun el que la venganza fuese fatal para una república y útil para otra, dependió ménos del designio de los autores, que de las circunstancias y positura de las cosas. Es cierto que si el conde don Julian hallase en los españoles, para cooperar á su desagravio, toda la disposicion que Colatino hall6 en los romanos, no se valdria para vengarse de tropas forasteras. Y es creible tambien que el marido de Lucrecia no tropezaria en el escrúpulo de socorrerse de alguna potencia enemiga de Roma, no hallando en los suyos medio pará desquitarse de la injuria. Espero me perdone el lector esta breve digresion, por ser en defensa de una principal señora española, á quien algunos porfiados maldicientes persiguen áun, despues de la apología que por ella hice en el discurso acerca de la *Defensa de las mujeres*.

§ XVI.

Volviendo al propósito, digo, que la pérdida de España dió ocasionalmente á España el supremo lustre. Sin tan fatal ruina no se lograría restauracion tan gloriosa. Cuanta sangre derram6 el cuchillo agareno en estas provincias, sirvió á fecundarlas de palmas y laureles. Ninguna nacion puede gloriarse de haber conseguido tantos triunfos en toda la larga carrera de los siglos, como la nuestra logró en ocho, que se gastaron en la total expulsion de los moros. No se recobró palmo de tierra que no costase una hazaña. No se podia adelantar un paso sin que las manos abriesen camino á los piés. No habia otra senda que la que rompía la punta de la lanza. No habia movimiento sin peligro, no habia peligro sin combate, y por el número de los combates se contaban las victorias. Verdad es que interpuso la Omnipotencia muchas veces en nuestro favor extraordinarios auxilios. Pero ese es nuestro mayor blason. Tan unidos estaban los intereses del cielo y los de España, que en los mayores ahogos de España se explicaba como auxiliar suyo el cielo. ¿Qué grandeza iguala á la de haber visto los españoles á los dos celestes campeones, Santiago y san Millan, mezclados entre sus escuadras? Era el empeño de la guerra de España comun á la triunfante milicia del

empíreo; porque juntándose en los españoles los dos motivos del amor de la libertad y el celo por la religion, cuanto para sí ganaban de terreno, tanto aumentaban al cielo de culto.

Pero en esta causa suya y de los españoles dispensaba Dios con sábia conducta sus asistencias extraordinarias; de modo, que quedaba mucho, y muy mucho, que vencer á nuestras naturales fuerzas. Tomaba la Omnipotencia á cargo suyo, no las empresas comunes, ni áun las arduas, sino las imposibles, dejando á cuenta del valor español todo aquello de que el humano esfuerzo es capaz. Milagros hacian los españoles con el valor, y donde no alcanzaba el valor, obtenian de Dios otros milagros de superior órden con la fe. Así se llen6 de maravillas todo aquél tiempo, que fué menester para la total restauracion de España; de maravillas digo, ya del esfuerzo humano, ya de la virtud divina.

§ XVII.

Lástima es que los sucesos de aquellos siglos no quedasen delineados á la posteridad con alguna mayor especificacion. La obscura ó imperfecta imágen, que nos resta de ellos, basta á representarnos que todos los triunfos de los antiguos héroes son muy inferiores á los que lograron nuestros españoles. ¿Qué hazañas pueden Roma ó Grecia poner en paralelo con las del Cid y de Bernardo del Carpio? ¿Quién duda que en ocho siglos, en que apénas se dejaron las armas de la mano, y en que los españoles se llevaban casi siempre en la punta de la lanza la victoria, habria otros muchos famosísimos guerreros, poco ó nada inferiores á los dos que hemos nombrado? Pero al paso que todos se ocupaban en dar asuntos grandes para la historia, ninguno pensaba en escribirla. Todos tomaban la espada, y ninguno la pluma. De aquí viene la escasez de noticias que hoy lloramos. Y áun no es lo más lamentable que con muchos de nuestros ilustres progenitores se haya sepultado la memoria de ellos y de sus hazañas, por faltar autores que la comunicasen, sino que haya hoy autores que quieran borrar la memoria de algunos pocos que por dicha especial se eximieron de aquel comun olvido.

Un historiador aragones, que escribió el siglo pasado, dud6 de la existencia del famoso Bernardo del Carpio, sin exponer algun fundamento para la duda, ni se juzgó que tenía otro que cierto espíritu de emulacion, manifestando en varias partes de su historia, que le inclinaba á cercenar parte de sus glorias á los castellanos, para exaltar sobre éstos á sus aragoneses. Pero á más se adelant6 poco há un historiador castellano (el doctor don Juan de Ferreras), pues se atrevió á estampar resueltamente, que *no hubo tal Bernardo del Carpio en España*, sin más motivo que hallar mezcladas algunas fábulas en las hazañas de este héroe, y algunas contradicciones en las varias noticias que nos han quedado de él.

Debilísimo fundamento por cierto, pues con él mismo se podria negar la existencia de casi cuantos hombres ilustres tuvo la antigüedad. ¿Quién ha habido, en cuyas acciones y circunstancias concuerden, sin discrepancia alguna, todos los autores? ¿Qué hombre cuerdo negará

(pongo por ejemplo) que hubo en la Asia un príncipe famoso por sus conquistas, llamado Ciro? Pues vé aquí que en su historia se han mezclado muchas más fábulas y contradicciones que en la de Bernardo del Carpio. Es infinita la discrepancia que hay entre las narraciones de Herodoto y Jenofonte, y ni aquel ni éste concuerdan en todo con alguno de los demas autores que escribieron del mismo príncipe. Si queremos saber cómo murió Ciro, en Herodoto hallamos que pereci6 en una batalla contra Thomiris, reina de los scitas; en Diodoro Siculo, que no fué muerto, sino prisionero, en aquella batalla, y despues Thomiris le hizo crucificar; en Ctesias, que cay6 atravesado de una saeta, batallando contra los derzios, pueblos vecinos de la Hircania; en Jenofonte, que murió en Persia de muerte natural. En fin, en otros que pereci6 en una batalla naval contra los samios. Añádese el que nadie duda que Jenofonte introdujo muchas fábulas en la vida que escribió de Ciro; que los mejores críticos convienen en que no está exento de ellas Herodoto, y que Ctesias es autor sospechoso por muchos capítulos. ¿Será lícito concluir de aquí que Ciro es un héroe fabuloso?

§ XVIII.

He dicho que no usa el doctor Ferreras de otro fundamento que el expresado, para negar la existencia de Bernardo del Carpio; porque aunque tambien aplica al asunto presente aquel cuasi transcendental argumento suyo, de que se sirve para negar innumerables hechos históricos; esto es, no hallarse la noticia en autores coetáneos, ó inmediatamente posteriores á los sucesos, esta prueba ha sido tantas veces concluyentemente rebatida sobre otros asuntos, que en el presente se debe reputar como ninguna. Sin embargo, ya que se ofreció la ocasion, diré algo sobre esta materia.

No se halla, arguye el doctor Ferreras, noticia de Bernardo del Carpio en algun autor ó escrito anterior al arzobispo don Rodrigo y á don Lucas de Tuy; luego no hubo tal Bernardo. ¡Consecuencia infeliz! Para que ésta fuese buena, seria menester probar que esa noticia anterior, no sólo hoy no se halla, mas tampoco se hallaba cuando aquellos dos autores escribieron; y esto jamas podrá probarse, ántes lo contrario se debe tener por moralmente cierto, porque de dos escritores de tanta gravedad y sabiduría, como todos los críticos reconocen en aquellos dos prelados, es totalmente increíble, ó el que forjasen en su cabeza la persona y hazañas de Bernardo del Carpio, ó que asintiesen á las noticias que podria ministrarles algun vano rumor del vulgo.

En las naciones más cultas y amantes de las letras perecieron infinitos escritos de autores muy recomendables. Claro se ve que es mucho más natural que ésto sucediese en España en aquellos tiempos, cuando casi todo el cuidado se llevaban las armas, y ninguno las letras. Llegarian, pues, y llegaron sin duda, á los dos prelados, instrumentos y memorias seguras de la persona de Bernardo del Carpio, las cuales despues se perdieron. Instemos de nuevo en el ejemplo alegado arriba. Herodoto, Ctesias, Jenofonte, Diodoro Siculo y Trogo Pompeyo, cuya historia abrevió Justino, fueron

un buen espacio de tiempo posteriores á Ciro. No se halla algun autor contemporáneo ó inmediatamente posterior á aquel príncipe que dé noticia de él. ¿Deberá inferirse de aquí que no hubo tal príncipe, y que cuanto de él se cuenta es fabuloso? Es claro que no, y no por otra razon, sino porque debe creerse, que aquellos autores escribieron sobre memorias ó escritos, que entonces existian y despues se perdieron. Es cierto que ántes de los nombrados hubo varios historiadores, que escribieron las cosas de la Asia y de la Grecia, como Simias Rhodio, Eumeles Corinthiaco, Cadmo Milesio, Charon Lampsaceno, Janto Lidio y otros, de quienes sólo sabemos los nombres. De éstos pudieron copiar los historiadores que les sucedieron las noticias, que por sus manos llegaron á nosotros, y es de creer que lo hicieron así. Perecieron las historias primitivas de Grecia y Asia, y quedaron las segundas, á las cuales damos aquella fe, que es proporcionada al carácter de los autores y calidad de los sucesos, persuadiéndonos la recta razon, que las segundas se tomaron de las primeras.

Vaya otro ejemplo. Las historias más antiguas que tenemos de las cosas de Alejandro son las de Plutarco, Arriano y Quinto Curcio. El más antiguo de estos autores es más de trescientos años posterior á Alejandro. ¿Será motivo éste bastante para disentir positivamente á cuanto hallamos escrito de aquel héroe? De ningún modo; porque aunque ninguno de ellos fué testigo de sus hazañas, ni alcanzó á los que lo fueron, se debe creer que las participaron de otros escritos anteriores, que hoy no existen. De Arriano se sabe, porque él lo dice, que arregló su narracion á la de Aristobulo, historiador griego, contemporáneo del mismo Alejandro; pero el manifestarnos la fuente de donde derivó su historia fué un accidente, sin el cual ésta no dejaría de ser copia de aquel original. Y como en caso de callarla, sería temeridad insigne repudiar como fabulosa la historia de Arriano, por ignorar de qué autor anterior se habia copiado; del mismo modo, y aún con más fuerte razon, en el nuestro será temeridad insigne condenar como fabuloso lo que el arzobispo don Rodrigo y el obispo don Lúcas refieren de Bernardo del Carpio, por ignorar de qué instrumentos ó escritos se tomaron aquellas noticias. Dije con más fuerte razon, porque estos dos prelados, en virtud de las graves circunstancias que concurren en ellos, fundan un evidente derecho contra toda sospecha de ficcion ó vana credulidad, á ménos que de aquella ú de ésta se exhiban pruebas ciertas y positivas.

Con esta reflexion se derriban, digámoslo así, de un golpe casi todas las opiniones especiales, que el doctor Ferreras lleva en la historia de España, porque casi todas se fundan en la misma especie de argumento; quiero decir, en la ignorancia de los escritos ó memorias primitivas de donde tomaron sus noticias los autores que hoy tenemos. No negaré el doctor Ferreras, ya se ve, que en muchos de éstos concurren todas aquellas calidades y señas, que pueden acreditarlos de sábios, prudentes y sinceros; luego tienen evidente derecho para que no presumamos, ó que forjaron en su cerebro las noticias, porque esto sería capitularlos de mentiro-

sos, ó que las tomaron de algun vano rumor, porque sería acusarlos de imprudentes.

§ XIX.

Todavía se puede oponer contra la existencia de Bernardo del Carpio y el testimonio de los dos prelados el silencio de los cronicones ó crónicas anteriores, en las cuales no se halla noticia alguna de nuestro héroe. Pero este argumento sólo podrá hacer fuerza á quien no haya visto aquellos cronicones, ó ignore el carácter, intento y forma de tales escritos, los cuales no son otra cosa que unos brevísimos compendios de la historia de España; de tal modo, que algunos reinados, abundantes en grandes y notabilísimos sucesos, apenas ocupan en ellos media página. ¿Cómo es posible hallar expresado el nombre y hazañas de Bernardo del Carpio, ni de otros muchos caudillos, que rigieron las escuadras españolas, en unos sumarios que en algunos reinados sólo dicen á secas, que tal y tal rey ganaron muchas victorias, sin expresar cuántas, ni cuándo, ni dónde, ni contra quién, ni con qué gente, ni otra circunstancia alguna? Es innegable, como poco há argüía muy bien un famoso antagonista del doctor Ferreras, que en aquellos siglos en que los españoles lograron tan continuadas victorias, hubo entre ellos algunos ilustres guerreros y excelentes capitanes. No obstante, de ninguno de ellos se hace memoria en los cronicones. Luego, como el silencio de éstos no prueba contra la existencia de famosos caudillos en comun, tampoco prueba contra la existencia de Bernardo del Carpio en particular.

§ XX.

No pretendo en esta crítica, contra los argumentos del doctor Ferreras, defraudar aún en una mínima porcion el respeto que merecen su doctrina, virtud, sinceridad y modestia; prendas que notoriamente resplandecen en este autor, y que, así como me inclinan á amarle y venerarle, me alejan mucho de sospechar que la singularidad de sus opiniones nazca de algun principio vicioso ó reprehensible, como algunos han imaginado. Lo que juzgo es, que ésta se ha originado de que queriendo huir con demasiado conato de un escollo de la historia, dió, sin pensarlo, en otro escollo opuesto. Con movimiento tan violento quiso apartarse de la vana credulidad, que no paró hasta caer en la nimia desconfianza. No siendo capaz de evidencia la historia, debemos contentarnos en ella con un asenso prudente, y será prudente el asenso siempre que estribe en motivo grave, cual lo es el testimonio de autores juiciosos y fidedignos, aunque ignoramos por qué conducto llegaron á su conocimiento los sucesos, porque debemos creer tuvieron alguno que no fué despreciable.

No ignoro que algunos escritores extranjeros, especialmente franceses, acusan á los españoles de fáciles en creer y escribir noticias mal comprobadas, y acaso esta nota ayudó á inclinar al doctor Ferreras al extremo opuesto. Refiere Estéban Balucio, en la vida de Pedro de la Marca, que habiéndole escrito á este grande hombre nuestro monje español el maestro fray Francisco

Crespo, el designio que tenía formado de escribir la historia del celeberrimo monasterio de Monserrate, Pedro de la Marca, en su respuesta, despues de aprobar el propósito, le previno que no usase en aquella historia de testimonios falsos, como suelen hacer los españoles: *Admonetque Crespum, ne in ea historia scribenda, falsis, uti Hispani solent, testimoniis utatur.* Pero la injusticia de esta acusacion es notoria. En España hay de todo, historiadores buenos y malos, del mismo modo que en Francia. La nota que más frecuentemente nos imponen los críticos franceses, de que admitimos todo género de tradiciones, creo que más cae sobre sus historiadores que sobre los nuestros. Digan lo que quisieren de la venida del apóstol Santiago á España, de la imagen del Pilar y otras tradiciones nuestras, es visible la retorsion sobre ellas en la identidad de san Dionisio, obispo de Paris, con el Areopagita; en el arribo de los tres hermanos, Lázaro, Marta y María, á Marsella; en las tres lises traídas del cielo por un ángel á Clodoveo; en la santa ampolla de Rems, dejando aparte la ley sálica; la fundacion de la monarquía por Faramundo, y otras cosas de este género. Apuremos la probabilidad de estas tradiciones francesas.

El que san Dionisio Areopagita haya sido obispo de Paris tiene contra sí, lo primero, el silencio de todos los autores por todo el espacio de los ocho primeros siglos, pues el abad Hilduino, que floreció en el nono, es el primero en cuyos escritos se halla esta noticia. Tiene, lo segundo, que Sulpicio Severo, hablando de la persecucion que se suscitó contra los fieles en tiempo de Marco Aurelio, dice que entonces empezó á haber mártires en Francia, lo cual es incompatible con el martirio atribuido mucho ántes al Areopagita dentro de las Galias. Tiene, lo tercero, que san Gregorio Turonense afirma, que san Dionisio, obispo de Paris, vino á Francia en el tiempo del emperador Decio, esto es, cerca del año 250 de nuestra erpencion, y del Areopagita se sabe que murió en el primer siglo de la Iglesia.

El arribo de los tres santos hermanos á Marsella tiene tambien contra sí, lo primero, el silencio de todos los escritores eclesiásticos por ocho ó nueve siglos, exceptuando únicamente á Desiderio, obispo de Tolon, de quien alega Natal Alejandro no sé qué recopilacion de actas de los santos tutelares de aquella iglesia, escrita hácia el fin del siglo sexto. Mas la autoridad de este escritor se debilita mucho, ya por ser único, ya por la carencia de toda noticia anterior en el espacio de cinco siglos. Tiene, lo segundo, el testimonio de Honorio Augustodunense, que refiere haber Lázaro transmigrado á la isla de Chipre, donde fué treinta años obispo, lo que es incompatible con la otra navegacion á Marsella, la cual suponen los autores que la afirman haber sido hecha en derechura desde Palestina, poco despues del martirio de san Estéban. Tiene, lo tercero, la autoridad de Modesto, patriarca de Jerusalem, el cual dice consta de las historias que la Magdalena murió en la ciudad de Efeso.

Contra la santa ampolla hay, lo uno, que Hincmaro, arzobispo de Rems, fué el primero que refirió aquel prodigio, y éste floreció 350 años despues del bautismo de Clodoveo, en cuya ceremonia se dice haber sido

presentada por una paloma la ampolla del precioso bálsamo con que se ungen los reyes franceses. Hay, lo otro, que san Gregorio Turonense, que floreció mucho ántes que Hincmaro, tratando en su historia del bautismo de Clodoveo, no habla palabra de aquel prodigio; siendo así que fué sumamente exacto, y no pocos dicen que nimiamente crédulo, en referir cuantos milagros llegaron á su noticia. Hay tambien, que en la vida de san Remigio (este santo bautizó á Clodoveo), escrita por Venancio Fortunato, no mucho despues de su muerte, tampoco se dice palabra del prodigio, siendo tan propio de aquella historia, que parece imposible se omitiese siendo verdadero. Hay, en fin, que la vida de san Remigio, atribuida á Hincmaro, fué escrita sobre poco fieles memorias, pues en ella se lee, que Clodoveo fué bautizado el día ántes de la pascua de Resurreccion, lo cual ciertamente es falso, constando por una carta de Alcimo Avito, arzobispo de Viena, en el Delfinado, al mismo Clodoveo, que el bautismo de este príncipe fué celebrado la víspera de Navidad.

La historia de las lises traídas por el ángel, es un cuento de mucho más reciente data que los antecedentes. En ningun autor antiguo se halla vestigio de esta maravilla, ni yo sé quién fué el primero que la inventó. Pero parece indudable que esta fábula se forjó despues que los reyes de Francia dieron en tomar por armas las lises; lo que, segun el *Diccionario universal de Trevoux*, tuvo su principio en Ludovico VII, que fué coronado el año de 1131. Dicen los autores del *Diccionario*, que este príncipe tomó tal divisa por la alusion de la voz *lis* al nombre de *Luis*, y porque le llamaban *Ludovicus Floridus*.

Tan mal fundadas, como se ha visto, están las tradiciones francesas. Sin embargo, muchos críticos de aquella nacion sólo tienen ojos para ver la flaqueza de las españolas. Y lo más admirable es, que pretendan hacer valer contra las nuestras el argumento negativo tomado del silencio de los autores antiguos, siendo así que éste, bien miradas las cosas, es, sin comparacion, más fuerte contra las suyas. La disparidad consiste en que nosotros padecemos por muchos siglos suma penuria de escritores. Por la continua inquietud de las guerras, ó no habia quien escribiese, ó faltaba quien atendiese á conservar lo que se escribía. Sólo han quedado esos pocos miseros y descarnados cronicones, ó porque sólo hubo ocio para escribir unos volúmenes de tan poco bulto, ó porque su pequeñez ayudó á preservarlos de la injuria del tiempo. Miseros y descarnados los llamo, porque en ellos no se atendió á dar noticia de aquellos sucesos ilustres en que se funda la vanidad de las naciones, si sólo un diminutísimo resumen de los diferentes reinados. Así es preciso que muchas cosas grandes y dignas del mayor aprecio sólo llegasen por tradicion verbal á nosotros, al contrario en Francia. Así como desde que se plantó en ella la religion cristiana, nunca se vió la nacion en las angustias que la nuestra, nunca les faltó oportunidad para escribir y para conservar lo que escribían. Así nosotros con justicia podemos pedirles los instrumentos ó memorias antiguas de donde derivaron lo que en gloria suya nos refieren hoy sus historiadores, y el argumento negativo, to-

mado de la falta de tales instrumentos, que es muy débil contra nosotros, viene á ser eficazísimo contra ellos.

Todos debemos convenir en que las tradiciones populares, destituidas del apoyo de instrumentos antiguos, son generalmente muy falibles. Mil veces me he explicado sobre esta materia. El transcurso de un siglo sólo basta á propagar la ficción ó ilusión de un individuo, de modo que se haga voz de todo un pueblo. De la voz del pueblo pasa el error á la pluma, ya de éste, ya de aquel escritor ménos advertido. Puesto en este estado, si en él se interesa la vanidad del público, ya no hay contradicción que le contraste. Son muy pocos, tal vez ninguno, los que se atreven á impugnarle, y contra esos pocos luego se hace un gran ruido, que les sufoca la voz con aquel argumento, sumamente poderoso con el vulgo, de que es temeridad oponerse á la opinión común, y será imprudencia creer ántes á esos pocos, que á los innumerables, que están por la sentencia opuesta, mayormente que entónces se pondera gravemente la sabiduría de éstos y se desacredita cuanto se puede de aquellos. Si se hace juicio que la tradición presta algún fomento á la piedad, ya no sólo es empresa desesperada combatirla, mas sumamente peligrosa al que la intenta. Exclámase contra el combatiente, fingiéndole ó aprehendiéndole enemigo, por lo ménos oculto, de la religion. Armase tan furiosamente el celo, como si viese poner fuego al santuario. Con que, al más osado se le hace abandonar un intento en que no ve otro éxito que la ruina de su fortuna y pérdida de su fama.

Cuando, no obstante, haya argumentos eficaces contra las opiniones recibidas, considero indispensablemente obligados los escritores á batallar por la verdad y purgar al pueblo de su error. ¿Para qué se escribe la historia, ó cómo se puede escribir bien, sin apartar las fábulas de las realidades? Ni en este caso se debe desesperar del triunfo. Será probablemente tan tarde, así sucede comunmente, que el autor no le goce por estar ya colocado en el túmulo. Pero quien como debe sacrifica su pluma al bien común, á este atiende, y no á su interés particular.

Mas cuando no hay argumento positivo contra las tradiciones, si sólo el negativo de la falta de monumentos que las califiquen, como sucede por la mayor parte á las de nuestra nación, dos reglas me parece se deben seguir: una en la teórica, otra en la práctica; una dictada por la crítica, otra por la prudencia. La primera es suspender el asenso interno ó prestar un asenso débil, acompañado del recelo de que la ilusión ó embuste de algún particular haya dado principio á la opinión común. Puede ser ésta verdadera, y puede ser falsa, porque la creencia popular es como la fama.

Tam ficti, probeque tenax, quam nuntia veri.

La segunda es, no turbar al pueblo en su posesión, ya porque tiene derecho á ella siempre que no puede apurarse la verdad, ya porque de mover la cuestión no puede cogerse otro fruto que disensiones en la república literaria, y dictérios contra el que emprendió la guerra. Cuando yo, por más tortura que dé al discurso, no

pueda pasar de una prudente duda, me la guardaré depositada en la mente, y dejaré al pueblo en todas aquellas opiniones, que ó entretienen su vanidad ó fomentan su devoción. Sólo en caso que su vana creencia le pueda ser por algún camino perjudicial, procuraré apearle de ella, mostrándole el motivo de la duda, y entónces le clamaré con el profeta: *Popule meus, qui te beatum dicunt, ipsi te decipiunt, et viam gressuum tuorum dissipant.* (ISAÍ., cap. III.)

Volvamos ya de la crítica á la historia, para dar una vista á las postrimeras glorias de España.

§ XXI.

Después que con repetidos millares de proezas insignes fueron arrinconando los españoles á los sarracenos en las provincias meridionales, poniéndolos á la vista del África, de donde habian salido, parecia que tenian poco que hacer en arrojarlos de la otra parte del Estrecho, pues bien consideradas las fuerzas de uno y otro partido, apénas se podia considerar que fuese obra más que de ocho ú diez años la total expulsión de los moros; pero divididas ya entónces las provincias reconquistadas en varios dominios, las discordias de unos príncipes con otros hicieron lo fácil difícil, retardando mucho tiempo la conclusion de tan grande obra.

No obstante estos embarazos, no faltaron ocasiones en que brillase extremadamente el valor y religion de los españoles. Singularmente fué glorioso el reinado de Fernando III, cuyas virtudes tiene canonizadas la Iglesia. Este príncipe, grande en el cielo y grande en la tierra, héroe verdaderamente á lo divino y á lo humano, en quien se vió el rarísimo conjunto de gran guerrero, gran político y santo, bastaria por sí solo para dar gloria inmortal á nuestra nación; pues si se atiende al todo de sus virtudes cristianas, militares y políticas, se puede asegurar con toda verdad, que en otra nación alguna *non est inventus similis illi*. Gobernó en paz y justicia á sus vasallos. Fué amado de los buenos, temido de los malos, padre de todos, especialmente de los pobres. Junió las dos coronas de Castilla y Leon, adquiriendo con su conducta y valor esta segunda, que la injusticia de su padre y ambición de sus hermanas, doña Sancha y doña Dulce, querian desmembrar de la primera. Ganó para Castilla y para el cielo los reinos de Murcia, Córdoba y Sevilla. Estableció el supremo consejo de Castilla, obra grande para la recta administración de la justicia en estos reinos; instituyó excelentes leyes, y empezó la coleccion de las de las Partidas, que absolvió su sucesor. En fin, lleno de todo género de laureles, subió al emperio á recibir otra corona infinitamente más ilustre que la que dejó en la tierra.

Debajo de sus tres inmediatos sucesores se vió España muy trabajada de guerras civiles, lo que atrasó mucho los progresos militares sobre los enemigos de la fe, hasta que en el cuarto sucesor Alfonso, con justicia llamado el Grande, lograron la religion y la patria grandes ventajas; porque este príncipe, igualmente político que magnánimo y guerrero, empleó felizmente sus altos talentos en supeditar á todos sus enemigos domésticos y extraños, á la reserva de uno solo que tenia

dentro de sí mismo, esto es, su desordenada pasión por el otro sexo.

§ XXII.

En el reinado de su hijo don Pedro mudó tanto España de semblante, cuanto distaba el hijo del padre, Pedro de Alfonso, un bruto feroz de un héroe esclarecido. Con mucha razón dan á aquel príncipe el nombre de Cruel, y con suma injusticia el de Justiciero; si no es que quiera llamarse justicia la inhumanidad, la rabia, la fiereza. ¿Qué espectáculo tan funesto dió España en aquel tiempo á las demás naciones, cuando la vieron padecer las furias de un rey sanguinario, los destrozos de las guerras civiles!

*Populumque potentem
In sua victricis conversum viscera dextra.*

Con todo, áun entónces, en medio de tanto nublado, resplandeció para ilustrar á España un clarísimo sol. Éste fué aquel insignísimo prelado, honor de España y de la Iglesia, don Gil Carrillo de Albornoz, para cuyo gigante mérito faltan voces á la retórica; de cuyos raros talentos, si se dividiesen, se podrian sin duda hacer cinco ó seis varones eminentísimos; pues él lo fué en virtud, en valor, en las letras, en las armas, en el manejo de negocios políticos y eclesiásticos; de modo que siendo su nobleza régia, pues por el padre descendía de los reyes de Leon, y por la madre de los de Castilla, lo ménos estimable que hubo en él fué la nobleza. Fueron grandes los servicios que hizo á esta monarquía en el reinado de don Alonso, pero mucho mayores á la Iglesia en los pontificados de Clemente VI y Urbano V; tanto, que se puede decir que la soberanía temporal que goza en Italia la silla de San Pedro, ó en el todo ó en la mayor parte, se la debe al cardenal Albornoz. Sabida es aquella generosa y valiente satisfacción que dió á Urbano V, cuando este papa, incitado de algunos émulos ó envidiosos de la gloria de este grande español, quiso pedirle cuenta de las grandes sumas de dinero que, siendo general de las armas de la Iglesia, habia consumido en la guerra de Italia, que fué ponerle delante al Papa un carro cargado de llaves y cerraduras de las puertas de todas las ciudades y villas que habia restaurado para la silla apostólica, diciéndole que en la compra de aquel hierro habia expendido todo el dinero, cuyo cargo se le hacia; lo que visto por Urbano, abrazándole con amorosa ternura, convirtió el acto de residencia en cordialísimas demostraciones de agradecimiento, por los grandes servicios que habia hecho á la Iglesia romana. No hubo cosa en este hombre que no fuese admirable. Todas sus acciones tenían un género de sublimidad de espíritu, que se remontaba mucho sobre el común de nuestra naturaleza. Era natural en él el heroísmo. Ni para acometer las más arduas empresas necesitaba su corazón de extraordinarios esfuerzos, ni para hallar expediente en los más difíciles negocios habia menester su entendimiento prolijos discursos. Era su ánimo tan extraordinariamente excelso y desembarazado, que pisaba como tierra llana las cumbres, caminaba sin perplejidad por los laberintos. En fin, áun estando á

la pintura que de este grande hombre hacen los extranjeros, juzgo que ninguna otra nación dió héroe igual al colegio apostólico (1).

(1) Habiendo dejado en este discurso un claro grande entre el reinado de el rey don Pedro y el de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, me ha ocurrido ahora ocupar parte de aquel vacío con una hazaña grande de un héroe nuestro. Muévenos principalmente á escribirla el que, sobre ser de tan especial carácter, que acaso en los anales de todas las naciones y de todos los siglos no se hallará otra semejante, el autor de ella, bien léjos de ser reputado por héroe, no sólo entre los extranjeros, mas áun entre los españoles, unos y otros atribuyen su fortuna á un capricho indigno de la suerte, al favor injusto de un príncipe dotado de poco conocimiento y de ningún valor. Hablo de don Beltran de la Cueva, conde de Ledesma, duque de Alburquerque, gran maestre de Santiago, famoso entre las gentes, por motivos de bien diferente clase de el que voy á proponer, tan querido de el rey Enrique IV de Castilla, que muchos españoles han querido hacer creer una condescendencia increíble de el rey al vasallo. Este caballero sólo tuvo una ocasion de explicar su valor, porque sólo se halló en una batalla; pero en esa le explicó tan extraordinariamente, que si no en las fábulas, no se hallará ni original de quien él fuese copia, ni copia de quien él fuese original.

Estando para trabarse la batalla de Olmedo entre las tropas que seguian el partido de el Rey y las de los próceres coligados, que proclamaban rey al príncipe don Alonso, cuarenta caballeros de el séquito de este príncipe estipularon entre sí arrojarse en la batalla á todo riesgo, hasta matar ó prender al duque de Alburquerque. Sabiendo esto el arzobispo de Sevilla, que estaba en el ejército de los próceres, ó por afecto particular á la persona de el Duque, ó por humanidad, ó por generosidad, le envió un rey de armas, avisándole de lo que pasaba, para que entrase con armas disfrazadas en la batalla; siendo imposible de otro modo defender su vida ó su libertad contra cuarenta desesperados. ¿Quién no abrazaría tan tempestivo consejo? Nadie, sino don Beltran de la Cueva. Este gallardo español, en vez de proveer á su seguridad, hizo la más eficaz diligencia para ser conocido de sus enemigos en la batalla. Mandó traer allí sus armas, y haciéndolas reconocer al mensajero, le requirió diese puntuales señas de ellas á los cuarenta conjurados contra su vida, pues con aquellas mismas habia de pelear. En lo demás dijo que al Arzobispo agradecia mucho su buena voluntad, y al mismo rey de armas regaló magníficamente. Llegado el caso de la batalla, ejecutó lo que habia prometido. Los cuarenta hicieron lo que cabia en unos hombres determinados á todo. En efecto, el Duque, siendo acometido de algunos de los caballeros conjurados, y no queriendo rendirse, se vió en grande aprieto; mas al fin su valor le desembarazó de el riesgo, y áun uno de los cuarenta, llamado don Fernando de Fonseca, de las heridas que le dió el Duque murió dentro de pocos dias. (GARIB., *Historia de España*, tomo II, libro XVII, capítulo XVI y XVII.)

Nada da más justa idea de lo grande de esta hazaña, que el que la famosa Magdalena Scuderi la haya copiado á la letra para aplicarla á su *Artamenes ó Gran Ciro*. Es éste un fenómeno literario de especialísimo honor para los españoles, y que, por tanto, publico aquí gustoso, para que venga á noticia de todos los extranjeros. Esta sabia francesa, que en la vida, entre histórica y fabulosa, de su *Gran Ciro*, y que tiene mucho más de lo segundo que de lo primero, para engrandecer á su héroe añadió á la realidad cuanto cupo en su fértil imaginativa, introdujo también á este fin en ella varios rasgos de las proezas y victorias de el príncipe de Condé; siendo, como todos han conocido, el principal designio de aquella histórica novela el panegrico de el Marte frances, que la Scuderi habia constituido idolo suyo. Mas para sublimar al gran Ciro al punto más alto de el heroísmo, no bastando ni las hazañas de el Marte frances, ni las de su propia invención, qué hizo? Copió á la letra la de un español, que es sin duda mayor y pide mas grandeza de ánimo que todas las que, ó de Condé hizo, ó la Scuderi fingió.

Hállase la relacion de Scuderi en la primera parte de el *Gran Ciro*, libro II. Allí se lee, que estando este príncipe, conocido entónces sólo por el fingido nombre de Artamenes, para dar batalla, como general de las tropas de el rey de Capadocia, contra las de el rey de el Ponto, cuarenta caballeros, que áun en el